

Cartas a Mis Pacientes



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

Sentido Común, Vacunas y Homeopatía (primera parte)

Queridos todos:

Visto el escándalo provocado en los últimos tiempos con motivo de la vacunación, creo que es una obligación tratar este tema en **Cartas a mis pacientes**, colaboración que puede resultar muy útil para ayudar a **conformar un criterio natural y por eso mismo convincente**, eliminando las interpretaciones extraídas de los discursos sostenidos por los médicos “superespecializados”, es decir, los que lógicamente han perdido en el camino el sentido de la **totalidad** del conocimiento y tienden a reducir todo el conocimiento a su saber particular. La visión de la totalidad es algo imprescindible para comprender los resultados de una investigación y saber colocarla, reconocer su significado y su valor.

Si por vacunación se entiende cualquier cosa, cualquier acción, cualquier fármaco o cualquier medicamento que puede proteger y prevenir un sufrimiento o enfermedad a un ser viviente, es decir, estimular una mayor fuerza y capacidad de respuesta ante los peligros de la vida, tanto físicos como morales, es de **sentido común** que nadie diría que no. Es decir, nadie se opondría a esta ayuda preciosísima y necesaria para mejorar la situación siempre bastante penosa de los seres vivientes, desde los más elementales hasta el hombre.

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

De hecho, me permito recordar que en la experiencia popular, cuando un individuo atraviesa una situación difícil y la vence, se suele decir: “éste ya está vacunado” (al menos desde el siglo XVIII). Es decir, si una persona ha probado y experimentado algo, si ya ha estado en contacto con determinada adversidad y la ha superado, esa memoria le queda escrita para siempre, lo que la hará más resistente al problema, más madura y menos vulnerable. ¡Ha conocido! La vacunación es una forma natural de experimentar, crecer y saber en la vida. Por lo tanto, no se puede decir que existen **médicos anti-vacuna** y menos que los médicos homeópatas estamos en contra de la vacunación.

La firme **oposición** a la vacunación propuesta por el sistema sanitario global, oposición proveniente tanto de médicos homeópatas como no homeópatas, hace referencia a la forma de vacunar, al contenido de la vacuna que se usa, y al uso indiscriminado y no científico de la vacuna que se propone (ya que nunca han sido experimentadas, sólo aplicadas).

¿Cuál es el conflicto y de dónde viene?

Cosas interesantes que se deben saber:

Hay una importante diferencia entre **inoculación** y **vacunación**. La **inoculación** ha sido practicada desde tiempos inmemoriales por toda la humanidad para intentar proteger a las personas frente a una amenaza epidemiológica. Se hacía un corte en la piel y se aplicaba la sustancia de la cual se querían proteger. Por ejemplo, costras de la viruela humana, para hacer reaccionar al organismo por anticipado y evitar la enfermedad devastadora, siempre y cuando no muriera el vacunado antes como reacción a la inoculación.

Con esta experiencia se constató, no obstante los peligros, la **relación terapéutica benéfica a través de lo que era “similar”**: viruela con viruela, de la **misma naturaleza** humana, es decir, la primera señal de la importancia de la homeopaticidad inscrita en la naturaleza y en el sentido común de los seres humanos de todas las culturas. Fue el primer atisbo de lo que más tarde se convertiría en la Ley de semejanza y de curación en modo experimental, repetitivo, metódico y científico y, por tanto, utilizable con certeza, gracias a Hahnemann. Sólo había un problema: provocaba muchas veces crisis tan fuertes y graves que la persona moría. Era un riesgo que había que correr... mientras se encontraba una solución mejor.

La **vacunación** no es exactamente lo mismo. Ha habido ya una evolución. Muchos científicos se dedi-

caron a estudiar y experimentar las posibles variaciones que pudieran mejorar este hecho benéfico terapéutico de la inoculación, hasta que fue tomando forma a través de las experimentaciones y elucubraciones científicas, y se concretizó en la experiencia de Jenner (finales del siglo XVIII e inicios del XIX).

Por tanto, la vacunación, cuyo nombre viene del latín “vaca”, hace referencia a una **inoculación distinta**. Jenner sigue los hechos: las mujeres que ordeñaban se contagiaban con la **viruela “bovina”**, **es decir, una forma de viruela de distinta naturaleza** que la viruela humana, aunque tuviera síntomas externos parecidos o casi iguales. Siguiendo los hechos de la naturaleza, Jenner hizo las extraordinarias experimentaciones y comprobaciones del beneficio de **contagiar con una sustancia de distinta naturaleza que la de la enfermedad que se quiere prevenir, pero semejante en sus efectos y en un modo atenuado** (todavía no se llegaba a la extraordinaria comprensión que haría Hahnemann sobre la verdadera atenuación de la noxa patógena), de manera que se mantenga su poder curativo y disminuya su inevitable capacidad de provocar efectos secundarios (ese triunfo científico pertenecerá más tarde al método homeopático hahnemanniano).

Aquí nace y se distingue ya para siempre la idea y la diferencia entre **inoculación** y **vacunación**, con la importante constatación de que la segunda daba menos problemas que la primera, aunque todavía causaba daños a algunas personas vacunadas. Sin embargo, todavía faltaban muchísimos conocimientos precisos para conseguir una auténtica prevención individual y generalizada.

En este punto de la historia se evidencia otra vez la **importante diferencia en lo relativo a la forma de curar entre los médicos y los farmacólogos racionalistas y vitalistas**, personajes que entendían la totalidad de la enfermedad como la serie de signos y síntomas que el organismo ponía en evidencia para pedir ayuda con precisión. Ellos sabían que todo dependía de la estimulación clara, exacta y precisa de la fuerza vital del individuo, en donde se encuentra englobado lo que más tarde se llamaría sistema inmunitario. El sistema inmunitario forma parte del lenguaje de la fuerza vital de un ser viviente, pero la fuerza vital es la fuerza total de la propia vida y comprende no sólo los aspectos mecánicos del modo de reaccionar de un organismo, sino también su vida interior, trayectoria, conducta; su mentalidad, forma de sentir, entender y actuar su propia vida.

Por tanto, el sistema inmunitario es sólo eso, un sistema, como lo es el sistema circulatorio o el sistema óseo, es decir, un elemento que forma parte de la totalidad, pero no es la totalidad completa en sí misma. De la misma manera, los farmacólogos vitalistas estaban preocupados por encontrar no sólo el fármaco adecuado, sino el modo de reconocer cómo éste podía

actuar como **remedio** y no como veneno. Así se podría reconocer y aplicar la **vis medicatrix natura** (fuerza curativa de la naturaleza), por la capacidad de **desencadenar la reacción curativa en modo claro, exacto y preciso**, implícita en la fuerza vital de cada ser viviente, para llevar al individuo hacia su equilibrio **a partir de sí mismo y no forzando dicha situación desde fuera**. Es decir, en un modo auténticamente científico.

Por el contrario, los médicos y farmacólogos **racionalistas** consideraban los síntomas como el resultado de una lucha del organismo frente a las noxas patógenas, y dedicaron —y todavía lo hacen— todo su esfuerzo a encontrar todas las causas (bacterias, virus, gérmenes varios) que suponían racionalmente que ocasionaban esta lucha, **porque los encontraban activos en el análisis de la materia de la enfermedad**. Y así, dispuestos a encontrar el modo de eliminarlas, se propusieron descubrir y fabricar todos los fármacos posibles para matar, anular o inactivar los gérmenes, como si éstos, por sí mismos, tuvieran vida propia, desligados del terreno donde estaban y actuaban.

Suponían que así podrían resolver el problema aunque no lo podían demostrar porque los hechos clínicos eran la recidiva, en el tiempo, de la enfermedad que pretendían eliminar, estructurando hasta nuestros días una solución mecánica al supuesto contagio morboso, olvidando y menospreciando la función definitiva que tiene la fuerza vital de cada ser humano como verdadera causa eficiente de toda enfermedad: el hombre y su forma de reaccionar. Todo esto ocurre a pesar de que Pasteur, el padre de la microbiología, al final de su vida sintetizó su experiencia fundamental y definitiva así: **“el terreno es todo, el microbio es nada”**. Sin embargo, como se constata hasta hoy, no se tomó en consideración debido al hecho, fundamentalmente, de abrir una problemática científica, médica y clínica extraordinariamente ardua (resuelta posteriormente por el gran Samuel Hahnemann).

De allí nace, hasta hoy, toda la investigación interminable de posibles elementos agresivos y es así que se habla de que esto o aquello provoca el mal: el virus del cáncer o el papilomavirus, etcétera.

Sin embargo, en la medida en que aumentaron las investigaciones... y los fracasos, se empezó a usar un término que se parece mucho al reconocimiento de la fuerza vital individual del enfermo como verdadera causa eficiente de su propia enfermedad. El concepto que se utiliza hoy, de manera habitual, en la medicina racionalista u oficial es el de: **autoinmune**.

Para terminar esta primera parte del tema quiero señalar que la **denuncia imperiosa** que se hace hoy a la propuesta de vacunación está centrada en estos puntos:

1. El **contenido** descubierto en los análisis de las vacunas que se proponen, **es letal**, a saber: hidróxido de aluminio, fosfato de aluminio, sulfato de amonio, amfotericina B, clorhidrato de arginina, fosfato de potasio dibásico, beta-propiolactona, formaldehído, formalina, sulfato de gentamicina y glicerina, además de tejidos y sustancias de origen animal (sangre de cerdo, caballo y oveja; riñón de perro y de mono; huevo de pollo y de pato; cerebelo de conejo, embrión de pollo, suero fetal bovino, suero de ternera, grenetina).

Los componentes también incluyen células humanas diploides (provenientes de tejidos de fetos humanos abortados), hidrocortisona, tiomersal o merthiolate (que contiene mercurio), glutamato monosódico, fosfato de potasio monobásico; sulfato de neomicina, nonilfenol etoxilado y octilfenol etoxilado, así como octoxinol 10, indicador rojo de fenol, 2-fenoxietanol, cloruro de potasio, fosfato de potasio monobásico, polimixina B, polisorbato 20, polisorbato 80, hidrolizado o digerido pancreático de caseína de cerdo, proteína residual de células MRC-5, deoxicolato de sodio, sorbitol, tri-n-butil fosfato... y otros que se van descubriendo.

El resultado de **inocular** estas sustancias está provocando muchísimo más daño que beneficio a la humanidad, y esto hace que **ya no se pueda justificar a la vacunación como el menor mal necesario**.

2. La aplicación generalizada como prevención de epidemias que **no existen**. Las epidemias están ligadas a muchos factores y son cíclicas, si se dan las condiciones. La enfermedad aguda es siempre una vacuna natural por sí misma, y es saludable y necesaria como he señalado con el popular ejemplo antes descrito. **Es absurdo tratar de evitar que el ser viviente viva por miedo a que padezca la vida, evitándole el proceso natural para reforzarse y desarrollarse bien en consecuencia**.

3. **La bomba letal de 6 a 12 inoculaciones de este tipo aplicadas a una criatura con una edad biológica en la que todavía está desprovista de una capacidad verdadera de respuesta**. Esta violencia se parece a la que conocemos todos: los niñitos pequeños que están a punto de sofocarse por la cantidad de camisetas y abrigos que su madre les ha puesto simplemente porque **ella** es friolenta y tiene miedo de que su hijo se enfríe. Esta **inaceptable violencia**, que repugna al sentido común de cualquier ser humano de cualquier cultura, ha sido el motivo profundo de un extraordinario libro escrito por el insigne historiador e investigador norteamericano **Harris Coulter**: *A shot in the dark (Un disparo en la oscuridad)*. Recomiendo absolutamente su lectura. El título lo dice todo.